

HOMILIA

SOBRE EL EVANGELIO DEL CIEGO de nacimiento.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nati-
vitate.

Pasando Jesus vió à un hombre ciego de nacimiento.
San Juan al cap. 9. v. 1.

De quantos hechos refirieron los Historiadores Sa-
grados, y de que formaron los Santos Evangelios, se pue-
de decir que de ninguno han hecho una relacion mas cir-
cunstanciada y extensa, ni le han representado con rasgos
y colores mas vivos, que la curacion milagrosa de este
Ciego de nacimiento, à quien el Salvador del mundo
abrió los ojos, y en quien hizo resplandecer su gloria.
Parece que el Evangelista fel, que nos lo refiere hoy, pro-
curó con el mayor cuidado no omitir circunstancia al-
guna, y la pintura que nos representa es tan natural y
sensible, que creemos al leer este milagro que nos halla-
mos presentes allí, y vemos todo lo que pasa. Yo no
puedo, amados oyentes míos, complacer mejor à vues-
tra piedad, que siguiendo palabra por palabra en este
discurso todo el Evangelio de hoy para sacar de él, como
en una sencilla Homilia, todas las saludables instrucciones
que se presentarán, y servirán de edificación à vuestras al-
mas. En toda la série de este Evangelio óbservo principal-
mente dos clases de personas que se distinguen y señalan
en él, y deben con particularidad ocupar nuestra atencion.

No-

Nosotros los oiremos hablar, pero en lenguages muy di-
ferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con afectos
muy opuestos. Por una parte el Ciego curado por Jesu-
Christo, y bendiciendo en voz alta à su bienhechor; y
de otra parte los Fariseos enemigos de Jesu-Christo exás-
perados è irritados con una mortal envidia contra aquel
Dios nuestro Salvador. Movido del mas justo reconoci-
miento, y teniendo por una obligacion indispensable el
confesar y publicar la verdad à gloria de este hombre
Dios que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan ma-
ravilloso, el Ciego reconoce de buena fe, y declara pu-
blicamente el beneficio que ha recibido, nombra al au-
tor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias,
y tendria por un delito, y una monstruosa infidelidad, no
solamente decir cosa que pudiera oscurecer este mila-
gro, sino callar algo de lo que pudiera realzar su lustre.
Asi se explica un corazon recto; y por una regla del todo
contraria, ved en el exemplo de los Fariseos como se de-
xan cegar los corazones preocupados y envenenados; en
una palabra que aun expresa mejor mi pensamiento, los
corazones interesados. Pues segun los designios de aque-
llos falsos Doctores de la Ley, era interes suyo rebaxar
el merito de las obras de Jesu-Christo y desacreditarle,
porque él mismo con sus obras los desacreditaba, y por
esto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la
persona del Ciego de nacimiento, no puede jamas con-
venir en él y confesarlo, y aun de él mismo tomaban ocasi-
on para calumniar al Hijo de Dios, y tratarle como à
pecador. De esto comprehendemos à primera vista, en
qué ceguedad es capaz el interes propio de hacernos caer,
y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como à
los Fariseos: esta será la primera parte. Despues apren-
dremos y conoceremos por el testimonio del Ciego à di-
sipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y à con-
fundir la mentira con una confesion santa de la verdad:
esta será la segunda. Para hacer que comprehendais bien
uno y otro, necesito de las gracias del Cielo, las que pi-
do por la intercesion de Maria; AVE MARIA.

PAR-

PARTE PRIMERA.

Es una cosa que pasma, y que aun en el día sirve tambien de pretexto à la infidelidad, que habiendo sido los milagros del Salvador del mundo tan brillantes y tan públicos como vemos en el Evangelio, haya habido, no solamente hombres vulgares, sino prudentes y cuerdos, doctos è instruidos, como eran los Fariseos, que no se hayan persuadido con ellos, y se hayan cegado hasta el extremo de no querer reconocer su Autor, disputarle su mision, y oponerse à su predicacion. Porque, finalmente, me direis justamente admirados; qué ceguedad, por mas obstinada que se suponga, podia resistir al convencimiento sensible de tantos prodigios, como este hombre Dios hacia en la Judéa à vista de un millon de testigos? Pero Christianos, en una palabra he respondido ya à esta dificultad quando he dicho, que el interes de que estaban preocupados los Fariseos, (que fue su pasion dominante) habia sido la causa y origen de este desorden. Porque si el interes puede cegar à los hombres en las cosas mismas que se tocan con los sentidos, y que no exceden el conocimiento de la razon humana, como vemos todos los días, qué no podrá hacer en las que tocan à la fe, qual era en particular el discernimiento del Mesias verdadero; esto es, en aquellas en que no siendo bastante la razon, es necesario que la gracia obre; en las que el misterio de la predestinacion se cumple; en las que por un juicio secreto tiene Dios derecho para retirar sus luces; y el castigo mas comun de que usa segun la doctrina de los Padres, y principalmente de San Agustín, es derramar tinieblas sobre los deseos y concupiscencias injustas de nuestro corazon? *Spargens penales cæcitates super illicitas cupiditates.* Ved, christiano Auditorio, lo que hizo à los Fariseos desconocer à la misma luz, quiero decir, al Verbo enviado de Dios, y lo que produjo en ellos respecto de Jesu-Christo aquella ceguedad terrible, pero voluntaria que tenemos dificultad en comprehender. Estos eran

es-

espíritus interesados, llenos de una funesta ambicion que los poseia, y zelosos de la autoridad que se habian adquirido, ó por mejor decir, que habian usurpado sobre los Pueblos; y como de ello sacaban segun el mundo grandes ventajas, estaban determinados à todo por mantenerla. Desde que nació Jesu-Christo le miraron como à un hombre contrario à sus designios, como enemigo de su hipocresia, y destructor de su Secta; y de aqui nació el interes que tenian en arruinarle y perderle. Pues por esto dice el Evangelista, que habian conspirado y resuelto, que qualquiera que le conociera por Christo, fuese arrojado de la Sinagoga: *Jam enim conspiraverant, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra Synagogam fieret.* Este interes que tenian à la vista, esta politica à que se referia toda su conducta, y este deseo de dominar y de reynar fue lo que les cegó, y el origen de la malicia è iniquidad de todos los juicios que formaron, ya de la persona del Salvador, ya de sus milagros. Empezemos por su persona; y en un exemplo tan autentico como este conozcamos y aprendamos quan peligroso es seguir ciegamente el impulso de una pasion en perjuicio de la verdad.

El credito y reputacion del Hijo de Dios incomodaba à los Fariseos, y era contrario à sus intereses: no era necesario mas para desacreditarle en su estimacion, y hacerles creer de él todo lo que la aversion mas violenta y el odio mas envenenado era capaz de sugerirles. En efecto, Jesu-Christo pasaba, y era tenido por un Profeta, y por un hombre de Dios, y ellos estaban en que era un pecador: *Nos scimus quia hic homo peccator est.* Nosotros sabemos, decian, que este hombre es malo è hipócrita; y la seguridad que tenemos nos obliga à dar este testimonio contra él; pero este hombre (se les replicaba) es oído de Dios, hace milagros, y es irreprehensible en sus costumbres: no importa, respondian, es un pecador, y nosotros lo sabemos: *Nos scimus*; pero de qué lo saben? Porque querian que fuese así, y era interes suyo que se creyera de este modo. Así era su interes la regla de su juicio, y lo

que

que querian era unicamente lo que los persuadia. Si el Salvador del mundo se hubiera declarado à favor de ellos, si hubiera sido de su partido, y se hubiera conformado con sus máximas, hubiera tenido su aprobacion, y le hubieran canonizado. Pero como condenaba sus errores, revelaba el misterio de su falsa piedad, y desengañaba al Pueblo seducido con la apariencia de su Religión, y con su perniciosa doctrina, aunque hiciese milagros era un pecador, y un hombre de mala vida: *Nos scimus, quia hic homo peccator est.*

Excelente idea, Christianos, de la malignidad del espíritu del mundo! Qué es por lo comun lo que nos ciega en nuestras opiniones, y nos preocupa contra el proximo? Ya os lo he dicho, el interes que nos domina. Nosotros juzgamos de los hombres, no por su merito, sino por nuestro interes; no por lo que son, sino por lo que son para nosotros; y no segun las qualidades buenas ó malas que tienen, sino segun el bien ó el mal que de ello nos resulta. De aqui nacen las injusticias enormes que cometemos contra su persona: de aqui las preocupaciones à favor de unos, los enojos y enfados caprichosos contra otros, la critica y censura, odiosa de los sugetos mas dignos, las alabanzas mas excesivas de los medianos, las preferencias iniquas de estos, y las exclusiones de aquellos; y de aqui los abusos casi infinitos que lloraba David, y le obligaban à inferir que los hijos de los hombres no eran mas que vanidad; que sus balanzas, esto es, las de su estimacion, ó de su vituperio, eran engañosas, y que ellos mismos por medio de sus deseos, y sus pretensiones interesadas trabajaban sin cesar en cegarse y engañarse: *Verumtamen vani filii hominum, mendaces filii hominum in stateris, ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum.* (a)

Nada es mas cierto que esto; y esto es lo que nuestra propia experiencia nos descubre todos los dias. Como

un

(a) Psalm. 61. v. 10.

un hombre se interese por nosotros, ó nosotros nos interesamos en protegerle, nos figuramos que aquel es hombre de merito. Sin mas titulo que este, él es en la extension de nuestra idea propio para todo, y capaz de todo. Al contrario sucede si el interes nos separa de él; si nos creemos à nosotros mismos, ya no es para nada y nada puede. La pasion del interes nos los pinta todos segun los queremos; nos los desfigura, nos los disfraza, nos oculta los defectos que tienen, ó nos hace ver los que no tienen: nos disminuye sus perfecciones, ó nos las aumenta, y nos los representa con caracteres tan distintos, quantos motivos diferentes hay en el interes que nos hace obrar. ¿Por qué un padre cae en una ceguedad grosera en quanto à sus hijos? Porque su grande interes está en sus hijos; ¿Por qué no conoce ni percibe en ellos, lo que les hace, ó despreciables, ó insoportables à todo el mundo? Porque él solo tiene en ellos el interes que todo el mundo no tiene. ¿Por qué aprueba y celebra hasta sus locuras y sus extravagancias? Porque sus extravagancias y locuras tienen relacion con su interes propio. Así el interes corrompe y debilita la razon.

Pero esta debilidad y corrupcion de la razon por el interes se conoce mucho mas en la oposicion de dos intereses contrarios. Porque, ¿qué no puede la enagenacion ó aversion de los espíritus y de las voluntades, para prevenirnos con los errores mas visibles en perjuicio de un enemigo? ¿Y en qué disposicion no nos pone de no poderle hacer justicia, porque estamos determinados à desaprobarle del todo, y à condenarle? El se ha conciliado nuestra desgracia, y esto basta. Siendo así, en vano hará milagros; pues hasta sus milagros haremos odiosos: y en vano poseerá todas las virtudes; pues las virtudes mas inocentes y sinceras toman en nuestra imaginacion el color y tintura de los vicios mas vergonzosos. Si es devoto, le miramos como un seductor; si es hombre de bien y cortés, lo tratamos de pusilánime y lisongero; si es reservado, lo acusamos, y tenemos por disimulado y engañoso; y si es franco, segun nuestro dictamen es impru-

dente è inconsiderado. Por mas que se distinga segun el merito de sus acciones, el interes con que lo miramos, desfigura y obscurece à nuestros ojos las acciones mas santas. Por mas que le alaben y elogien los demas, el interes que nos preocupa nos hace juzgar que todos los demas se engañan, y que nosotros solos lo conocemos. Al mismo tiempo que se le aplaude, como los Israelitas aplaudian à David, el interes de que estamos dominados nos encona y exaspera contra él, como exasperó à Saul.

Ved, Christianos, el caracter de todos los espiritus ambiciosos, principalmente de aquellos que segun la expresion de San Ambrosio estan agitados del estímulo de la envidia: *Quibus ambitionis stimulus invidia est.* Como la ambicion y la envidia tienen por objeto el mas delicado de todos los intereses, que es la gloria, por eso tambien tienen una malicia mas sutil para cegar al hombre en todas las ocasiones en que se halla este interes de honor y de gloria. De aqui nace, que por una fatalidad, ó por mejor decir, por una indignidad que no podemos vituperar bastantemente, nos es casi imposible tener y conservar equidad para con aquellos que pueden tener las mismas distinciones y empleos que nosotros, para con aquellos que tienen proporcion, y estan en estado de disputarnoslas, y mucho menos para con aquellos que las obtienen, y se nos prefieren. ¿Por qué es esto? Porque el interes está entre ellos y nosotros, como una nube que nuestra razon no tiene fuerza para disipar. Nosotros juzgamos sanamente de todo lo que es superior ò inferior à nuestra esfera; esto es, de los que por su elevacion, ò por su obscuridad no pueden ser obstáculos à nuestras empresas y designios; pero de aquellos que la concurrencia de los mismos honores, y la solicitud de los mismos derechos y empleos nos hace contrarios y enemigos, juzgamos de un modo lastimoso, y el mas fuera de razon.

Este es el caracter no solamente de los espiritus ambiciosos, sino de los espiritus inquietos y reboltosos, para los que, como observa Tertuliano, ser sus adherentes, es

el mayor merito; y no serlo es el mayor descredito; *Ubi ipsum illic esse, promereri; non esse, demereri est.* Si vosotros estais sacrificados à su partido; no tengais cuidado, ni trabajéis en adquirir capacidad, integridad, ni piedad; solo el declararse à su favor equivale à todo. Caracter es particular de la heregia, cuya propiedad (segun observa San Agustin) ha sido siempre exagerar y poner en las nubes à sus protectores y sequaces, y abatir y tener en nada à aquellos à quienes inspiraba Dios el zelo de oponerse y combatirla. Y este caracter está admirablemente expreso y manifestado en los Fariseos de nuestro Evangelio, que aun estando tan corrompidos como estaban, hablaban de sí mismos con las expresiones mas honorificas; y aun siendo tan ilustrado y santificado como era el pobre que los contradecia, no tenían para con él otra atencion que el desprecio. Nosotros, le decian, observamos inviolablemente la Ley, somos verdaderos Discipulos de Moysés, mantenemos las tradiciones en su pureza: *Nos Moysi discipuli sumus*: pero tu eres un miserable cargado de culpas, y en lugar de poder instruirnos, no eres digno, ni aun de recibir nuestras lecciones: *In peccatis natus es totus, & tu doces nos?* Ellos le despreciaban de este modo, y en su opinion no era mas que un miserable, porque no hablaba como ellos querian, y como era propio de su interes que hablasen. Ved, dice San Agustin, lo que sucedia en los Cismas que se han formado y levantado entre los fieles, y han dividido la Iglesia de Dios. El modo de manifestarse los Heresiarcas era elevarse ellos mismos en primer lugar, y despues à sus partidarios y compañeros como hombres raros y extraordinarios. Todo lo que se unia à ellos era grande, y el solo titulo de interesarse en su partido era un elogio consumado. Decian que no habia entre ellos sino ingenios sublimes, y prodigios de ciencia y de virtud. Ellos se llamaban sin dudar ni reparar en nada, los verdaderos Discipulos de los primeros Padres de la Iglesia, y los unicos que tenían derecho à decir: *Nos Moysi discipuli sumus.* Entre ellos se hallaba el fervor de la antigua disciplina, y el fun-

damento sólido del espíritu cristiano : fuera de ellos nada veían que no les causase lastima y compasion. Los mas inteligentes y hábiles del partido Católico, les parecían hombres ignorantes y de pocos alcances. Todo lo que no les favorecía era relajacion y desorden; y no opinar como ellos, ni seguir su dictamen, era estar abandonado de Dios y reprobado. En efecto, así lo creían; y aunque todo ello fuese otras tantas ilusiones y quimeras, á fuerza de desear y querer que estas quimeras è ilusiones fuesen verdades, ellos se las hacían tales y triunfaban. Tanta verdad es, que desde el momento que el afecto del interes está en movimiento, ya la razon no juzga sino al arbitrio de la voluntad ciega y apasionada.

No Christianos, no hay equidad quando prevalece el interes; y esto es tan constante, que todos los hombres que han nacido para la Sociedad, y cuyo comercio estíva sobre la buena fe reciproca, ya no reconocen esta buena fe, y no se creen los unos á los otros, si perciben en los negocios que entre ellos tratan la menor mezcla de interes. Por mas integridad que tenga un Juez, si se halla interesado en una causa, se cree bien fundado el recusarlo, y no se cree hacerle agravio en apelar á otro Juicio que el suyo. Por mas irreprehensible que por otra parte sea un testigo, si su interes está unido á su testimonio, este pasa por nulo. Como si los hombres, de comun acuerdo se hubieran hecho á sí mismos la justicia de confesar, que quando su interes está de por medio, no son ya capaces de guardar las reglas de la justicia. No es de admirar que los Fariseos teniendo un interes contrario á Jesu-Christo, se cieguen en quanto á su persona; porque esta era una consecuencia natural, y hubiera sido un milagro si esta ceguedad no hubiera sido efecto de aquel interes. Pero es de admirar, que siendo la persona de Jesu-Christo tan santa, y tan perfecta, tuvieran interes los Fariseos en serle contrario. Esto es, amados oyentes míos, lo que los perdió: y lo que nos pierde. Nosotros tomamos algunos intereses, que primeramente se encaminan á cegarnos, y despues por un empeño infalible llegan á dis-

disgustarnos, á irritarnos, á enojarnos y enfurecernos contra algunas personas dignas de toda nuestra estimacion, y con las que la caridad cristiana no debería unir. ¡O intereses! los juicios que has pervertido en perjuicio de esta divina caridad, y las heridas que has hecho á esta virtud con tus funestas impresiones en los espíritus de los hombres!

Pero veamos esto mas claramente en el discurso de nuestro Evangelio; y de la ceguedad de los Fariseos en quanto á la Persona del Salvador, pasemos á la que tuvo por objeto la accion particular de este hombre Dios, y el milagro que acababa de obrar: pues en ella se acaba de manifestar la malignidad del interes, y se descubre toda entera. Atended, Christianos: Jesu-Christo curó milagrosamente á un Ciego de nacimiento, y este milagro es opuesto al interes de sus enemigos. ¿Qué hacen ellos? Aunque este milagro es tan grande y tan público, lo contestan y lo desaprueban. Obligados á confesarlo y venir en ello, niegan á lo menos que Jesu-Christo haya sido su autor. Lo niegan, digo, sin razon, y contra toda apariencia de razon, porque tienen interes en negarlo. Si este milagro es tan grande y tan público, lo que les pareciese, lo creerian: pero como los desconcierta, por mas autentico que sea en su idea un milagro supuesto. Esta es la causa del gran cuidado con que lo examinan, usando no solo del rigor, sino de un modo lleno de malicia. Porque ¿de qué artificios no se valen, y qué pesquisas è informaciones no hacen de él? Esta es la causa tambien de la determinacion en que estaban de oír con alegría y complacencia todo lo que parecia ser favorable á su incredulidad, y á no tolerar sin disgusto todo lo que la combatía y la convencia. Esta es la causa de aquel espíritu de censura que los mueve á condenar lo que la evidencia de la cosa no les permite dudar. Esta es la causa de aquella regularidad falsa que los hace usar de arides y sutilezas sobre la circunstancia del día, no queriendo que un enfermo pueda ser curado en Sabado, ni que el Sabado sea día de milagros. Esta es tambien la causa de aquel ex-

tremo à que les reduce la desesperacion , haciendoles atribuir al Demonio lo que visiblemente es obra de Dios, por no confesar que era obra de Dios, y dar el honor de ella à Jesu-Christo. Esta , finalmente, es la causa de la conducta y proceder violento que usaron con el Ciego mismo y sus parientes, tratandolos con soberbia, è intimidandolos para cerrarles la boca y hacerles callar. Todo esto executaban porque el interes los poseia , y porque hasta en los hechos públicos, que naturalmente deberian ser menos contestados, es propiedad del interes hacernos ver las cosas , no como ellas son en sí , y como suceden , sino como nos convendria segun nuestros designios que fuesen, y que sucediesen con efecto. Con esta disposicion de corazon , ¿quál era el medio de que los Fariseos confesasen sinceramente y de buena fe el milagro de Jesu-Christo? Y la justicia misma aun siendo tan clara como es , ¿era bastantemente penetrante para entrar , y hacerse lugar en unos espiritus infestados con tal contagio? Esto os sorprende , y debe daros horror contra el interes.

Pero acabemos, Christianos, de aplicarnos esta doctrina, y avergonzámonos de que en medio del Christianismo produzca el espiritu del interes los mismos efectos, ò errores, no en lo que simplemente mira à los milagros del Hijo de Dios, sino generalmente en los puntos mas esenciales y mas indisputables de la Religion; en las obligaciones de conciencia mas naturales , y mejor establecidas; y lo que pareciera casi imposible, en los hechos mas evidentes, que tienen relacion con la justicia y caridad para con el proximo. Confundámonos, de que siendo Christianos nos haga en todo esto el interes mas ciegos que fueron los Fariseos. Digo en los puntos mas esenciales de la Religion; porque , ¿quál es la causa porque el libertinage llegue à dudar de todo , y à no convencerse ni moverse con nada? ¿Y por qué se forman secretamente sistemas de creencia, ò por mejor decir , de impiedad y de infidelidad, segun los cuales se vive, sino porque sería interes del libertino que la Religion se obscureciera y apagara, y que nada hubiese de verdadero, sino lo que le lisonjea y

agrada? Nosotros no comprehendemos algunas veces como los Paganos podian ser tan groseros que adorasen Dioses infames , incestuosos y adulteros ; y San Agustin nos asegura , que él lo comprehendia bien ; es la razon, dice , porque ellos estaban interesados en tener Dioses como estos , y les era ventajoso en el instante que eran vencidos por una pasion vergonzosa , poder autorizarse con un tal exemplar. Este es todo el fundamento de la idolatría y del Paganismo : pero nosotros no tenemos necesidad de recurrir à un principio tan alto , y no es menester aquí mas que consultarnos à nosotros mismos. Porque por mas obstinado que sea un libertino del siglo , no negará (si quiere responder francamente , y sin disfraz) que no ha comenzado à dudar de la otra vida , sino quando ha sido interes suyo que todo se acabase en esta ; que el infierno no le ha parecido un error popular , sino quando ha sido interes suyo que no haya infierno ; que no ha tratado el pecado de vagatela y fríolera , sino quando ha sido interes suyo el que el pecado no fuese pecado ; y que si ha llegado , como el Ateísta , hasta decir en su corazon, que no hay Dios, ha sido quando ha estado interesado en que el supremo Sér fuese destruido , y reducido à nada.

Digo, sobre las obligaciones de conciencia mas importantes y mejor establecidas; porque ¿ cómo , y por dónde se forman todos los dias tantas conciencias erroneas? Por el interes. Proponed à qualquier hombre , que diga en un negocio , que decida una question , que resuelva un punto de conciencia ; y ocultadle el interes que puede en ello tener ; por poco versado que esté en estas materias os dará la decision mas equitativa y justa ; os convencerá con razones sensibles y evidentes ; os prescribirá las reglas mas rectas , y aun estrechas ; os responderá à todas vuestras dificultades , y os pondrá à la vista la verdad con toda su evidencia. Pero corred el velo , y descubridle en este mismo negocio , en este mismo punto de conciencia ; y en esta misma decision algun interes particular que le pertenezca à él ; vereis como entonces los objetos empezarán

rán à mudar de semblante para él, y le parecerán de distinto modo que los habia considerado. Las máximas sobre que se fundaba, y que creia indubitables, no le parecerán ya tan ciertas. Las objeciones que se le hacian, y que él refutaba como insubsistentes, no serán ya en su dictamen y opinion tan frivolas. Examinará, discurrirá, y utilizará; y à fuerzas de sutilezas y discursos que no dexará de sugerirle el amor propio, llegará à autorizar lo que condenaba à primera vista, quando no veía que su interes tenia parte en ello. ¿No es por esto por lo que tantas personas de la Christianidad, sabias en quanto à lo demas, gentes de conciencia, y aun devotas, ó que pasan por tales, no forman escrupulo alguno en mil cosas de que el público se escandaliza, y tiene razon de escandalizarse? Se pregunta, cómo pueden conciliar esto ò aquello con la piedad y severidad de su doctrina en todos los demas asuntos, y no se comprehende; pero ellos lo comprehenden perfectamente, ó piensan comprehenderlo bien. Lo que alteraria y turbaria à los mas relaxados, y lo que les haria temblar, no les causa el menor remordimiento. Ellos tienen sus principios que siguen sin inquietud; y con cuyo favor y sombra estan tranquilos, y no reforman nada de su conducta y proceder regular. Aunque el mundo piense, y hable como quiera, ellos se tienen por seguros delante de Dios. Llegan al Altar, celebran los Misterios Santos, y participan de los Sacramentos: esto es decir, que ellos tienen sus intereses que les encantan y ciegan los ojos del alma, y apagan todas las luces de su espíritu, porque es infalible que donde el interes entra, lleva consigo la ceguedad y el error.

Digo tambien sobre los hechos mas sensibles que tienen relacion con la justicia y caridad del proximo. Y en efecto ¿por qué nos preocupamos con mil suposiciones falsas, que queremos sostener como verdaderas, y por qué nos movemos por una multitud de juicios vanos y temerarios? ¿Por qué nos figuramos lo que jamas se ha pensado ni dicho; y que lo que evidentemente se ha hecho, no ha sido asi? ¿Por qué contamos sobre nuestras imagi-

naciones como sobre cosas reales; que es el funesto origen de la mayor parte de nuestras aversiones, de nuestras enemistades, y de nuestras venganzas? Porque hay en nosotros intereses que ocupan todo nuestro corazon, y no dexan à nuestro espíritu exercicio alguno de reflexion, ni de discurso. Es menester, amados oyentes míos, si queris ser hijos de la luz, que renunciéis à este interes que nos impide conocer à Dios, que nos quita el conocimiento de nosotros mismos, que nos hace incapaces del discernimiento tan necesario del bien y del mal, que nos oculta la corrupcion de nuestros deseos, que nos desfigura nuestras intenciones, que nos hace ignorar nuestras obligaciones, y que en la conducta de nuestra vida nos mete en abismos de obscuridad mas deplorables y funestos que los del infierno. Ved, dice San Bernardo, lo que nos debe dar horror contra este espíritu de interes, quando llegamos à considerar sus conseqüencias en el Juicio de Dios. Porque qué tendremos à todo esto que responder à Dios? Estas conciencias erróneas nos justificarán en su presencia? Estas preocupaciones nos servirán de excusa? Estas ideas falsas, segun las quales hemos obrado, disminuirán la injusticia y malicia de nuestras acciones? No tendrá Dios siempre derecho de llevarnos al principio, y decir à cada uno de nosotros: Es verdad que has estado ciego, preocupado y engañado; pero lo has estado porque has sido interesado; has juzgado falsamente contra tu hermano, quando el interes te ha separado de él; y has ignorado tus obligaciones quando el interes te ha dominado; querer pues excusar un pecado con otro es una presuncion temeraria y necia, y que no puede sostenerse. Asi, digo, el Hijo de Dios condenó à los Fariseos de nuestro Evangelio, y así nos condenará si somos reos del mismo desorden. No podemos evitar esto mejor que oponiendo à las tinieblas del error las luces de la fe, y confundiendo la mentira, como el Ciego del Evangelio, con una confesion santa de la verdad. Este es el asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Christianos, à la fe corresponde confundir con sus luces la ceguedad voluntaria de los hombres; y ella debe oponer el zelo de su confesion al falso zelo del interes, con que los espiritus mundanos se preocupan para resistir à la verdad. *Credimus*, decia el grande Apostol, *propter quod & loquimur*. (a) Nosotros creemos, y por esto hablamos, para que al testimonio de nuestra boca, conforme con la persuasion interior de nuestro espiritu, la misma infidelidad se vea obligada à rendirse. Esta regla siguió el Ciego de nuestro Evangelio para honrar el duplicado milagro hecho en su persona, esto es, el milagro de su vista, y el de su conversion. El creyó, y habló. Creyó en Jesu-Christo, y confesó à Jesu-Christo. Y yo hallo, que el zelo que manifestó en esta confesion tuvo quatro qualidades admirables para confundir la ceguedad de los Fariseos: porque él fue sincero para confundir todos los artificios de su duplicidad; fue generoso para confundir el orgullo de su autoridad aparente; fue convincente para confundir la poca solidez de su ciencia vana, ò por mejor decir, de su ignorancia; y fue constante para confundir la dureza de su obstinacion. Atendéd à esto, y en la exposicion sucinta que voy à hacer de la victoria y triunfo de nuestra fe, aprenderéis lo que ella debe hacer en vosotros, y lo que con ella debeis vosotros hacer.

El Ciego curado por el Hijo de Dios fue sincero hasta el extremo de ingenuidad y sencillez en el testimonio que dió del milagro que él mismo acababa de experimentar; y esto puso à los Fariseos en confusion: porque por mas que le preguntaban y repreguntaban, procurando sorprenderle en sus palabras, él persistió siempre en sostener lo que ellos no querian oír, y con la sencillez de su deposicion hizo inútiles todas las astucias de que su espiritu do-

(a) 2. Cor. cap. 4. v. 13.

blado y artificioso se valia para obscurecer la gloria del Salvador. Si (les declaró muchas veces) Yo soy aquel Ciego de nacimiento que habeis visto mendigar en la Plaza pública: ya os lo he dicho, y lo repito: aquel hombre à quien llamais Jesus ha obrado conmigo esta maravilla; y pues es necesario instruirnos en esto plenamente, oíd el modo y circunstancias con que lo ha executado. Tomó un poco de lodo, me lo puso sobre los ojos, me mandó que fuese à la Piscina de Siloé, y que me lavase allí: he obedecido su mandato, y ved aquí el efecto. Si esto que les decia hubiera sido una mentira y una impostura, à puro estrecharlo, y exigir de él repetidas veces una relacion exácta de lo que habia pasado, le hubieran embarazado y turbado; se hubiera cortado en sus respuestas, y apenas hubiera podido dexar de caer en alguna contradiccion: pero como confiesa la verdad, y esta es siempre la misma, no se desmiente, y siempre da un testimonio uniforme: *Lutum mihi posuit super oculos, & lavi, & video*. Pero ese hombre es un pecador: si es pecador, como decis, no lo sé; lo que yo sé es, que siendo ciego, ya no lo soy: *Si peccator est nescio: unum scio, quia cecus cum essem, modo video*. Este testimonio ponía à los Fariseos en tanta mas confusion quanto era mas sencillo è ingenuo. Porque qué podian hacer ellos para eludirlo? Se trataba de un hecho que en sí mismo llevaba su evidencia y su prueba. Era un milagro que subsistia en la persona de aquel pobre; y este hablaba y se declaraba. Qué podia hacer contra una sinceridad semejante la astucia ni la sagacidad mas falaz?

Ved, Christiano Auditorio, lo que confunde en el dia la ceguedad de algunos libertinos del mundo, que en el discurso de su vida desarreglada han llegado à no creer cosa alguna, y à renunciar su fe. Ved lo que los desespera: la referencia de algunos milagros inegables, que la prudencia mas sagaz, mas desconfiada, y menos crédula está obligada à reconocer: la deposicion de un hombre, no solamente sin tacha y digno de fe, sino aun digno de respeto, que dice: Yo he visto esto, à mí me ha sucedido la cosa, yo hablo en ello por propia experiencia. Pretender

que todos estos hayan sido impostores y visionarios, y que porque haya habido algunos, ó muchos de estos, se deba juzgar así de todos los demas, y que sin exámen ni discernimiento no hay mas que dar por falsos todos estos testimonios, es un atajo para mantener la impiedad y la irreligion, pero mucho mas para autorizar la extravagancia y temeridad. Yo confieso, que en materia de milagros ha habido hombres engañados, y aun quiero confesar tambien, que ha habido algunos que expresamente han intentado engañar à otros. Dios lo ha permitido así, dice Tertuliano, para prueba de sus escogidos. Pero persuadirse y obstinarse en que todos sin excepcion han sido de uno ò de otro de estos dos caractéres; y que éntre tan gran numero de gentes ilustradas, sabias y santas, que refieren estos extraordinarios efectos del poder de Dios, y aseguran haberlos visto, ni uno solo haya dicho verdad, es una opinion y juicio, segun el Canciller Gerson, que tiene mucho de imprudencia y de consideracion, y que un hombre que tiene algun vestigio de razon y de modestia no puede sostener sin avergonzarse. En efecto, quando San Agustin en el excelente tratado de la Ciudad de Dios, cuenta los milagros que en su tiempo se hacian en Cartago, quando dice que él estaba presente con todo el Clero de la Ciudad, y quando refiere hasta las menores particularidades de ellos, no hay espíritu sólido ni juicioso que se atreva à desmentirlo, ni espíritu libertino que no se trastorne y desconcierte en su libertinage. Porque decir que San Agustin imaginaba ver lo que no veia; ó sospecharle de mala fe, como si hubiera tenido gusto en engañar al mundo divulgando falsedades en una materia tan esencial como esta, es un medio que la sola desesperacion de defenderse contra la verdad puede sugerir à un alma infiel. No obstante, à tal extremo se halla reducido el impio, y à esto llamo confusion de la impiedad.

Pero pasemos adelante. Si el Ciego de nuestro Evangelio fue sincero en su testimonio à favor de Jesu Christo, no fue menos generoso: porque él no tuvo para con los Fariseos aquellos viles y baxos miramientos que infal-

blemente hubiera tenido, si hubiera consultado la prudencia humana: no se hizo esclavo de aquella autoridad imperiosa que se apropiaban y atribuian entre el Pueblo, y que impedía à la mayor parte de los Judios declararse por el verdadero Mesias: no exáminó si su proceder podia ofenderlos y disgustarlos; y aun sabiendo que se ofenderian, no creyó por esto que debía hablar con menos libertad; antes, conociendose deudor à Jesu-Christo de una gracia y beneficio tan singular como el que habia recibido, à nada atendió, y todo lo despreció por publicar su gloria; y el escándalo mismo de los Judios fue el motivo mayor que tuvo para no atender à sus personas ni à lo que querian. Sus padres y parientes no se portaron así. Como querian conservarse, respetaron la Sinagoga; y por una politica vana disimularon la obligacion que tenian al Salvador del Mundo, por no concitarse el odio del Pueblo. Nosotros confesamos, dixerón, que ese es nuestro hijo, y que nació ciego: pero cómo él vé ahora, y quien le ha dado la vista, lo ignoramos: preguntadle, que él puede responder muy bien. El temor (añade el Evangelista) les hacia hablar de este modo: *Hæc dixerunt parentes ejus, quoniam timebant.* Pero al Ciego santificado è ilustrado con la luz de la gracia, no fue este temor capaz de debilitar su zelo. Su boca habla de la plenitud de su corazon. Los Fariseos le preguntan amenazandole, quien es el hombre que le ha abierto los ojos; y él con una santa libertad protesta; que à lo menos es un Profeta y hombre de Dios: *Quia Propbeta est.* Ellos se escandalizan de este elogio, y él asegura que este elogio se debe justamente à Jesu-Christo. Ellos quieren repetidas veces saber por qué; pero à qué fin tantos discursos y preguntas, replica el pobre? No me he explicado, bastante? No debeis vosotros estar mas que satisfechos sobre este punto? Acaso quereis tambien vosotros hacerlos sus Discipulos: *Numquid & vos vultis Discipuli ejus fieri?* Esto los irritó, y exasperados con estas palabras se irritaron contra él hasta injuriarlo, pero él no atendia ni se cuidaba de su enfado, ni de sus injurias, y por nada contaba ni reputaba verse cargado de mal-

mal dicitiones, con tal que él honrase à quien le habia favorecido con una tan eficaz y saludable bendicion. Generosidad fué, dice San Agustin, que humilló aquellos espíritus soberbios, acostumbrados à dominar y à que jamas les contradixesen en sus mayores errores. Pero esta generosidad condena mucho mas la cobardia y debilidad de un millon de Christianos; que persuadidos de la verdad, son no obstante cobardes y tímidos quando se trata de sostenerla.

Este es, amados oyentes míos, (confesémoslo aquí para vergueza nuestra) este es el desorden del Christianismo. A todo el mundo se quiere agradar; à nadie se quiere disgustar; y aunque se trate de los intereses de Dios, de la Religion y de la piedad, se hace un particular interes de su poco zelo; no se habla sino à medias, se guardan sus consideraciones, y se aceptan las personas. Entretanto el libertinage prevalece, el vicio se autoriza, el abuso y desarreglo pasa à ser uso y costumbre, y el error todos los dias adquiere nuevas fuerzas. Si hubiera un espíritu generoso y determinado à despreciar todo lo que se llama respeto humano, nada de todo esto le haria fuerza: però como no se quiere defender la causa de Dios à costa propia; como se contempla à aquel, y se teme à este, de aquí nace que la justicia y la verdad estén oprimidas por la mentira. Qué es lo que hacia callar à tantos Católicos, quando principiaban las heregias? Qué es lo que les hacia hablar de un modo, que podía dudarse si eran sus factores? Vosotros lo sabeis: el temor al partido dominante. Ellos no querian, como el padre y la madre de este Ciego de nacimiento, tener la Sinagoga contra ellos; y querian antes parecer menos zelosos por su fe, que exponerse al odio de una facción considerable. Qué es lo que ha hecho en todos tiempos à los Christianos prevaricadores de su propio zelo, y de los afectos que Dios les inspiraba? El temor de tener contra sí à los impíos declarándose contra la impiedad. Y de dónde procedé que los mayores escándalos, no solo se toleren sin castigo, sino que se tengan por modélos y reglas de conducta? Esto procede de que se

teme el grangearse enemigos, combatiendolos y oponiéndose à ellos. Seria preciso para dar testimonio à la verdad contra los errores que reynan en cada estado y condicion, incurrir y adquirirse el odio de todos los estados. Seria necesario resolverse à disgustar à los Eclesiásticos, haciendoles sobre sus obligaciones instrucciones odiosas, que jamas quieren escuchar; à los Jueces, descubriendoles mil injusticias en el ejercicio de su Justicia misma; y à toda una Corte reprehendiendo à los que la componen sus corrompidas costumbres, sus excesos y disolucion. Eran necesarios hombres del caracter de nuestro Ciego, tan desinteresados, que quisieran sacrificarse en defensa de la verdad; y tan intrépidos, que quisieran ir contra el torrente de la corrupcion, por mas autorizada que estuviese. Dónde, pues, se encuentran almas de esta calidad y firmeza? A Vos, Señor, corresponde suscitarlas en el mundo y en vuestra Iglesia.

A mas de que el testimonio del Ciego fue sincero y generoso, fue un testimonio convincente. Admirad, Christianos, el poder y virtud de la fe, quando Dios quiere hacer que ella obre aun en el sugeto mas débil. Siendo tan ignorante el Ciego, refuta à los Fariseos con sus propios principios, y de las cosas mismas que profieren para justificar su incredulidad, saca otras tantas pruebas para convencerlos. Nosotros sabemos, decian los Fariseos, que Dios ha hablado à Moysés; pero de ese hombre à quien llamais Jesus, ni aun sabemos de donde es: *Hunc autem nescimus undè sit.* Ah! replica el pobre, animado y lleno del espíritu de Dios; lo mas digno de admiracion es, que no sepais de dónde sea, y no obstante sea él el que me ha abierto los ojos: como diciendoles en esto, que este milagro de Jesu-Christo hablaba muy altamente en favor suyo; como reprehendiendoles, que si no le reconocian por estas señales, no tenian conocimiento alguno de las cosas de Dios; y como obligandolos à confesar, que después de un prodigio tan visible como este, su ignorancia era ya voluntaria y afectada: *In hoc mirabile est, quia*

vos nascitis unde sit. Y en efecto el argumento era sin réplica; y se podía dudar, dice San Juan Chrisostomo, qual de los dos milagros era mas maravilloso, ò el del poder del Hijo de Dios que abrió los ojos à un Ciego de nacimiento, ò el de la dureza y obstinacion de los Fariseos que no querian abrirlos à una verdad tan clara.

Ellos se obstinaban en decir que Jesu-Christo era un pecador: *Scimus quia hic homo peccator est.* Pero en esto, replica el Ciego, se vé que vosotros estais entregados al sentido réprobo: porque sabemos muy bien que Dios no oye à los pecadores, principalmente quando le piden milagros en confirmacion de un error, porque se seguiria entonces que Dios autorizase la mentira. Este hombre que se llama Jesus, ha sido oido (como lo veis) para hacer este milagro en mi persona, y le ha hecho para confirmar que él mismo es el enviado de Dios: Luego es preciso que verdaderamente lo sea, ò que Dios sea fiador de la mas culpable y mas grosera impostura. Este es, segun San Agustin, el sentido de esta admirable expresion. *Scimus quia peccatores Deus non audit:* y lo que los Teólogos explican con rodeos y muchos discursos, lo comprendió este pobre en una palabra: *Scimus.* Nosotros lo sabemos. Y de quién lo habia aprendido, sino de aquel Divino Maestro que en un instante instruye à los espiritus dóciles y humildes? Si este milagro (prosigue estrechando siempre à aquellos falsos Doctores) si este milagro fuera una accion equívoca, que pudiera interpretarse de diverso modo, vuestro error tendria excusa; pero haber abierto los ojos à un Ciego de nacimiento, jamas se ha oido, no tiene exemplar en la série de todos los siglos; à esto no alcanza la fuerza de la naturaleza, ni puede proceder sino de Dios: *A seculo non est auditum, quia quis aperuit oculos caeci nati.* Qué cosa mas convincente y eficaz podía haber dicho un hombre consumado en el estudio de la Religion, ni qué podia oponer à esto toda la Sinagoga?

Ved, Christianos, lo que el Espiritu Santo llama victoria de nuestra fe: *Et haec est victoria, quae vincit mundum,*

dum fides nostra. (a) Esto hizo à los Apostoles de simples pescadores Maestros del mundo. Esto hizo triunfar à un Spiridion à vista de todo un Concilio, de la arrogancia y orgullo de los Filósofos; y esto hace todos los dias que un alma fiel con su ignorancia aparente, confunda y haga caillar al libertino mas altivo; en quanto à lo demas (decia el docto Pico de la Mirandula) estudiemos nuestra Religion, y no nos cifiemos voluntariamente en materia del Christianismo à una simplicidad despreciable. Tengamos presente que este Christianismo debe ser en nuestras personas tan sólido, y tan conforme à razon contra los que se oponen à él, como edificativo para nosotros mismos que lo defendemos. No caygamos en el desorden deplorable y tan común en el día, de profesar una creencia, y de ignorar las pruebas esenciales de ella. Hagámonos una obligacion de comprenderlas bien; y segun la máxima de San Pedro, de estar siempre prontos à dar razon de ellas. Que Dios halle en nosotros, si no fervorosos Martyres, porque el tiempo de la persecucion pasó ya, à lo menos Confesores ilustrados è instruidos para sostener su culto contra la vana presuncion del libertinage. A esto somos llamados, Christianos; vosotros preguntais algunas veces; en qué podeis ocuparos y entreteneros en defecto de las diversiones profanas y de las alegrías del siglo? A lo que os digo, que en el estudio de vuestra Religion. Apenas os habeis jamas aplicado à ello, y por una negligencia y omission de que responderéis à Dios, apenas teneis una idea confusa de lo que creis, esto es, de lo que os hace Christianos. Sien lugar de hallaros en disposicion de persuadir y confirmar à otros, no teneis cuidado alguno en confirmar y persuadiros à vosotros mismos, ¿cómo os atrevéis à gloriaros del nombre que teneis?

En fin, el Ciego fue constante en su testimonio. No fue una vez sola la que los Fariseos le preguntaron, le estrecharon y le amenazaron. Ellos hicieron quanto habia

Tom. III. Quaresma. Na 2 no osamos que

(a) 1. Joan. cap. 5. v. 4.

que hacer para forzarle à que se diese à partido, y para hacerle mudar de language: pero tanta obstinacion como manifestaron ellos en su incredulidad, tanta firmeza y constancia tuvo él en glorificar à su bienhechor, y en confesar la verdad. Desesperados de vencerle aquellos Doctores, y enojados è irritados contra él le arrojan de la Synagoga con ignominia: *Et eiecerunt eum foras*; pero él todo lo sufre, y está determinado à padecer y tolerar quanto hay, antes que desconocer y ser ingrato al que debía su santidad, y antes que faltarle à la fidelidad. ¿Pero qué digo yo? A este primer testimonio añade otro mas sublime y mas santo. El conocia bien la virtud milagrosa de aquel hombre Dios que le habia sanado, pero no sabia sino imperfectamente quien era. Era, pues, necesario que el Hijo de Dios, por un último esfuerzo de su poder y de su misericordia le ilumine los ojos del alma, despues de haberle iluminado los del cuerpo; y esto fué lo que hizo en otra conversacion que tuvo con este pobre. A la primera palabra de Jesu-Christo, que le instruye de su mision, y le descubre su divinidad, este nuevo Christiano no delibera, no discurre, ni tampoco lo difiere. ¿Con qué prontitud abraza la ley santa que se le ha anunciado! Con qué sumision cree los altos mysterios que se le han revelado en el instante mismo que se le revelan! Yo creo, Señor, exclama: *Credo, Domine*. Todas las calumnias de los Fariseos contra Jesu-Christo, todos sus discursos, ni todos sus malos tratamientos no le han podido atemorizar ni espantar: y unido mas inviolablemente que hasta entonces à la persona del Salvador que le manifiesta sus perfecciones divinas, se postra à sus pies, y le adora como à su Dios: *Et prociens, adoravit eum*.

Si no hubiera tenido mas firmeza que nosotros, bien pronto hubiera desmentido por un indigno silencio lo que acababa de afirmar por una confesion justa: pues tal es todos los dias nuestra conducta y proceder. El libertinage, por mas mal fundado que esté, se aferra no obstante obstinadamente en sus principios, y por lo comun las pruebas mas claras y evidentes no le pueden mover; pero nosotros aunque establecidos sobre la palabra de Dios, ce-

demo en mil ocasiones à las menores dificultades, y dexamos triunfar à la impiedad. No es esto decir que prontamente no se declare uno, y que no sostenga el partido de la Religion; pero el libertino que no hace mas que perseguirla, jactarse y explicarse en un cierto tono, y con un dominio que su audacia le inspira, desde que no siente mas que una resistencia débil, es bastante motivo para desconcertar à muchos Christianos, y hacerlos retroceder vergonzosamente. No se quiere contestar, se dice, ni hacer de la conversacion una disputa: ¿pero à qué se contestará jamas, y sobre qué se disputará siempre? Que en estos últimos siglos de la Iglesia, así como en los primeros, se halle combatida la sana doctrina con doctrinas estrañas y nuevas, segun la expresion del Apóstol: *Doctrinis variis, & peregrinis*; (a) que espíritus inquietos y presuntuosos divulguen sus particulares oponiones, y que procuren y trabajen en esparcir las; que à fuerza de astucias y artificios secretos se hagan un partido, y que este empiece à manifestarse, à adquirir fuerzas, à hablar, y à enseñar sus dogmas, ¿es necesaria otra cosa para arrastrar los unos, y para turbar los otros? El solo carácter de novedad que por sí mismo debería dar una legitima sospecha, pues es directamente opuesto à este espíritu inmutable que la Religion pide, este solo atractivo basta para empeñar à millones de almas ligeras è inconstantes, que se dexan seducir, y à quienes en materia de fe como en todo lo demas la mudanza agrada. Esta inconstancia es mas comun en las mugeres, que con menos capacidad para discurrir, y queriendo no obstante discurrir de todo, son mucho mas fáciles de llevar al error. En lugar de seguir la razon que no ven, y se persuaden y creen verla, siguen mil preocupaciones falsas, en que las mantiene el exemplo, la vanidad, el hacerse singulares, la hyocresia, y el falso lustre de la piedad. Lo mas estraño es, que esta ligereza que les es tan propia y comun para salir del buen camino, y para

Nú 2

apar-

(a) Hebr. cap. 13, v. 9.

